

RESEÑAS

GARCÍA BLANCO, MANUEL, *América y Unamuno*. (Madrid: Editorial Gredos, 1964.)

Bienvenido este libro sobre *América y Unamuno* que el conocido crítico y, en cierto modo, albacea de los textos unamunescos, Dr. Manuel García Blanco, nos ofrece con motivo del centenario del nacimiento del ilustre rector salmantino. No son trabajos inéditos de García Blanco lo que ahora se reúne en libro (véase p. 28). Asimismo no es todo inédito lo que de Unamuno se recopila. Lo que importa, pues, es que podamos consultar en un solo tomo, fácilmente manuable, la casi totalidad de la correspondencia mantenida entre Unamuno y diversos escritores de la América Hispánica.

El volumen consta de un "Ensayo Preliminar" (pp. 7-28), en el cual García Blanco nos da a conocer de Unamuno: 1. "Mi visión primera de Méjico", 2. "Viajes proyectados", 3. "La crítica literaria", 4. "Colaboraciones americanas", 5. "Las correspondencias epistolares", 6. "Las amistades personales" y 7. "Las lecturas". También incluye párrafos sobre la América anglosajona y la lengua española en América. Es un estudio mucho más amplio que el prólogo que escribió para el tomo VIII de las *Obras Completas* de Unamuno.

Luego el material recogido se agrupa en dos partes. La primera incluye cartas entre Unamuno y Manuel Gálvez (pp. 31-52), Rubén Darío (pp. 53-74), Juan Zorrilla de San Martín (pp. 75-119), Alfonso Reyes (pp. 120-166), varios escritores venezolanos (pp. 167-192), Carlos Vaz Ferreira (pp. 193-246) y Ricardo Rojas (pp. 247-342). La segunda parte está dedicada a temas literarios, incluyendo la poesía gauchesca (pp. 343-367), Walt Whitman (pp. 368-405) y otros tres poetas norteamericanos, Sidney Lanier, William Vaughn Moody y Carl Sandburg (pp. 406-417).

Entre las cartas están intercaladas notas y observaciones de García Blanco, quien ha sido afortunado en tener a su alcance la biblioteca personal de Unamuno. Resulta interesante y de gran valor leer una carta en que Don Miguel se refería a una obra de un amigo suyo, y también, enterarse de las notas que escribió al margen de dicho libro.

Unamuno, desde 1901 hasta 1906, escribió en *La Lectura* de Madrid una sección titulada "De literatura hispanoamericana". García Blanco hace notar varias afirmaciones que aparecieron en el "Preámbulo" con que inició Unamuno la serie de sus escritos sobre Hispanoamérica.

Expone... los que pudiéramos llamar los móviles de su empresa: El primero de ellos, el de superar el angosto casticismo del literato español, que cifra su empeño, sus ansias de gloria, "en el estrecho recinto de su patria y sin llegar a gallito del cotarro nacional", y a quien el epíteto de castizo "es el que en el fondo más le halaga".

El segundo... es el de convencer a los escritores hispanoamericanos de que la sugestión que el nombre de París ejerce sobre ellos, su ansia de proyectar desde la capital francesa una fama que sin ella consideran como no conseguida, es puramente ilusoria...

Como antídoto, y éste es el tercero de sus propósitos, aconseja a los escritores de ultramar que cultiven los temas de su propio huerto (pp. 15-16).

Estos dos últimos propósitos se habían visto antes en las *Cartas Americanas* de Juan Valera. Sin embargo, Unamuno se desvió de Valera en cuanto a la lengua. Valera había considerado a España como el centro y la fuente de literatura escrita en castellano. Unamuno, en un trabajo de *La Lectura* de 1906, en que se refería a Zorrilla de San Martín, dijo:

... desde que el castellano se ha extendido a tierras tan dilatadas y tan apartadas unas de otras, tiene que convertirse en la lengua de todas ellas, en la lengua española o hispánica, en cuya continua transformación tengan tanta participación unos como otros. Un giro nacido en Castilla no tiene más razón para prevalecer que un giro nacido en Cundinamarca... Tenemos que... comprender que para salvar la común cultura hispánica nos es preciso entrar a trabajarla de par con los pueblos americanos y recibiendo de ellos, no sólo dándoles (p. 78).

Unamuno también dijo en otra ocasión: "Eso de que el suelo crea las razas, que dice Coll, será la fisiológica o somática, pero la psíquica y espiritual la crea la lengua, que es la sangre del espíritu" (p. 179). Una constante unamuniana era la preocupación por la lengua y aquí aparece como una base para la hispanidad, para la hermandad de todas las naciones de habla castellana.

Varias de las muchas cosas de interés en el libro son la finísima interpretación de la *Vida de Don Quijote y Sancho* en una carta de Zorrilla de San Martín dirigida a Unamuno (pp. 83-89), las muchas cartas de Alfonso Reyes referentes a los dibujos de don Miguel y una carta de éste a Carlos Vaz Ferreira en la cual discurre sobre la pedagogía (otra constante vista a través del libro) y la poesía (pp. 195-208). Esta epístola, del año 1907 lleva una referencia a la métrica: "... me repugna la rima, que me parece demasiado sensorial. Además la rima establece un elemento de asociación externa de ideas—*rima generatrice*—buena para quien hace poesía de fuera a dentro... La mayor novedad técnica de mis versos es la silva en verso libre de pentasílabos, eptasílabos y endecasílabos" (p. 202). Más tarde, en 1914, dijo, hablando del verso libre: "Es la forma que representan los salmos hebraicos, la de Walt Whitman, y también la de los versos de Martí. No hay en ellos más freno que el ritmo... Y más que un freno, es una espuela ese ritmo; una espuela para un pensamiento ya de suyo desbocado" (p. 386).

Lo que despertó el interés de Unamuno por la literatura hispanoamericana fue su lectura de *Martín Fierro*. A lo largo de su vida siempre le entusiasmaba la poesía gauchesca. El juicio que dio Unamuno sobre *Martín Fierro* no coincidió con la opinión de Ricardo Rojas, como hace notar García Blanco (p. 349). Dijo don Miguel: "En *Martín Fierro* se compenetran y como se funden íntimamente el elemento épico y el lírico; *Martín Fierro* es, de todo lo hispanoamericano que conozco, lo más hondamente español" (p. 348). Ricardo Rojas consideraba erróneo esto de la tradición española. "Es de toda la raza ibérica como documento filológico; pero es de nuestra raza argentina como documento literario" (p. 349).

El entusiasmo que su lectura de *Martín Fierro* le despertó a Unamuno por la literatura hispanoamericana es notable en toda esta correspondencia, menos en la que sostuvo con Rubén Darío. No son muchas las cartas que cruzaron entre ellos. Las más notables son las que se refieren al famoso episodio de las plumas por debajo del sombrero. Quizá la razón por qué escasean las noticias entre aquellos dos genios, en comparación con la correspondencia con otros, sea porque nunca llegaron a ser muy amigos. En una carta a Ricardo Rojas, Unamuno le escribió:

En una de sus cartas me dijo algo de Rubén Darío. Cuando nos veamos hablaremos de él, a ver si es al fin usted quien me convence de que hay poesía en las caramilladas artificiosas del nicaragüense. Yo no le culpo de lo que otros, sino que sus versos me parecen terriblemente prosaicos en el fondo, sin pasión ni calor, puras virtuosidades y tecniquerías. Escribe, además, cosas imposibles por la manía de la rima rica. Puesto que hablamos de un príncipe *rubio* tenemos que hacerle navegar por el *Danubio*... (p. 272).

El mismo Unamuno explicó por qué su trato con Rubén no fue muy intenso:

Aunque nos vimos y conversamos y paseamos juntos media docena de veces, había algo que nos mantenía apartados, aun estando juntos... Siempre entre los dos, entre él y yo, hubo como una cristalina muralla de hielo. Nos veíamos, nos hablábamos, nos apreciábamos mutuamente, pero ni uno ni otro se decidió a romper esa muralla (pp. 53-54).

La famosa necrología, "¡Hay que ser justo y bueno, Rubén!", de la cual incluye una parte García Blanco, es conmovedora por la actitud de arrepentimiento y de reproche que evidenció Unamuno por su trato con Darío.

Sin embargo, García Blanco no llega a ninguna conclusión que pudiera explicar por qué Darío y Unamuno no fueron muy amigos. Más bien presenta la historia de la correspondencia sin penetrar en los motivos. Philip Metzidakis, escribiendo en la *Revista Iberoamericana* (Vol. XXV, número 50, pp. 229-249), entra más en el fondo de la cuestión, basándose en la posición de Unamuno para con el modernismo en general.

Exceptuando esta actitud de Unamuno hacia Rubén Darío durante la vida de éste, se ve en todas las demás cartas aquí publicadas que don Miguel siempre era buen amigo, un amigo de verdad, con toda sinceridad.

La nota más predominante en la correspondencia es la de sinceridad. Sincero en sus ofrecimientos de amistad y sincero en sus juicios literarios, no varía entre lo que escribió a sus amigos en privado y lo que escribió para su público. Fiel a sí mismo, nunca disfracó su pensamiento.

García Blanco no ha pretendido hacer un estudio exhaustivo sobre Unamuno y América. Faltan nombres, como él mismo lo hace notar. Lo que sí ha hecho es presentar las relaciones más personales entre don Miguel y varios amigos americanos merced a las cartas que se escribieron. Como trabajo complementario al tomo VIII de las *Obras Completas*, el libro de García Blanco constituye una obra indispensable para apreciar, en gran parte, la actitud unamuniana frente a la literatura hispanoamericana.

ANNA W. ASHHURST

University of Pittsburgh

LUDWIG PFANDL. *Sor Juana Inés de la Cruz. La Décima Musa de México. Su vida. Su poesía. Su psique*. Edición y prólogo de Francisco de la Maza. (México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1963).

Después del número impresionante de estudios monográficos, panorámicos y prologales, escritos en diversos idiomas, en torno a la personalidad de Sor Juana Inés de la Cruz y su obra literaria, el tema parecía prácticamente consumido en sus nodulos fundamentales. Pero el loable esfuerzo del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México, al auspiciar la publicación de la traducción al español realizada por el Dr. Juan Antonio Ortega y Medina, de la última obra del hispanista alemán Ludwig Pfandl, ha venido a demostrar que el caso de la *Décima Musa Mexicana*, como fuente de indagaciones de alto vuelo, está en plena vigencia.

En efecto, el libro que reseñamos abre insólitas perspectivas que configuran la posibilidad de un nuevo ciclo de elucidaciones e interpretaciones, a la luz de otros legítimos procedimientos, no frecuentes en este tipo de búsqueda. Al mismo tiempo, aporta una prueba más, tendiente a confirmar la extraordinaria vitalidad de la poetisa, todavía lozana y rica en sugerencias, después de más de dos siglos y medio.

Esta obra de Pfandl tiene una azarosa historia, cuya primera parte relata Hans Rheinfelder, el prologuista de la edición alemana, aparecida una vez terminada la Segunda Guerra Mundial, en 1946, en términos que no ocultan el dramatismo de la atmósfera que rodeó al autor, durante la Alemania de 1937, año en que el manuscrito se encontraba listo para las prensas. "Como este libro—dice Rheinfelder—se ocupa de la vida y de la obra de una monja mexicana, y como él se toma en serio a dicha monja y a todo auténtico monacato, no resultará extraño para el lector—si observa además que se hace aquí uso del psicoanálisis como método de investigación—que esta obra no pudiese aparecer bajo el *Tercer Reich*" (p. XXIII).

Más tarde, los afanes de una cuidadosa traducción y la consiguiente publicación de un libro tan denso y voluminoso, acerca de un tema especializado, crearon otras dificultades, que tardaron diecisiete años en resolverse, en la edición concebida por Francisco de la Maza y patrocinada por el Instituto de la UNAM.

Con la penetración y el rigor inobjetables que los hispanistas admiran en estudios como *Historia de la Literatura Nacional Española en la Edad de Oro*, 1939, y *Cultura y costumbres del pueblo español de los siglos XVI y XVII. Introducción al estudio del Siglo de Oro*, 1929, Ludwig Pfandl se hace cargo resueltamente de problemas candentes que, por su inaccesibilidad y resistencia a los métodos corrientes, habían quedado sólo en cauteloso estado de formulación. El plan de la obra consta de cinco grandes capítulos, de los cuales el primero, "El problema y el intento de solución", plantea los enigmas y cabos sueltos que inquietaban a los estudiosos de Sor Juana y su obra, frente a cuyo hermetismo terminaban por proponer soluciones de orden analógico, acudiendo a confrontaciones rutinarias; o simplemente dejaban, impotentes, las cosas como estaban.

Una monja de talento, manifestado desde temprana edad, que, como muchas de sus compañeras de destino, llegó al convento en busca de una paz que no encontró en el siglo; que lee y escribe con facilidad, y que termina su vida, joven aún, no mucho más allá de los cuarenta años, víctima de una enfermedad contraída por contagio, cuando cuidaba a sus hermanas gerónimas aquejadas por una epidemia; una monja con este programa está, sin duda, dentro del cuadro normal de cualquier religiosa, traspasada de impulsos vocacionales.

Pero en el caso de Sor Juana concurren, además, otros factores que la distinguen y que proporcionan no sólo temas, sino imperativos a los estudiosos para la aplicación de su más aguda y minuciosa observación. Entre esos factores infrecuentes está el hecho de que su talento es extraordinario, virtud a la que se añade una hermosura desusada en las mujeres que huyen a ocultarse en un convento; luego una avidez insaciable de saber, de un saber racional y mundano, más que virtuoso y místico. Y, por último, el rasgo determinante: una obra literaria de calidad que, como ha probado Pfandl, es testimonio y espejo fiel de su vida. Todavía más; lo mejor de esa obra, aquel sector de más segura perdurabilidad, corresponde a su poesía amorosa de carácter profano.

El criterio esteticista, preocupado pertinazmente de la obra en su aspecto estilístico y formal, había postergado la visión del drama humano subyacente que nutrió con dolor la creación poética de Sor Juana. Pfandl se detiene, pues, como punto de partida, a plantearse todos estos problemas, elementos que notoriamente parecen no encajar en el sistema vital de la monja, entre los que están los enigmas de la verdadera causa que la llevó al enclaustramiento; la existencia hipotética de un hombre real que motivara las efusiones eróticas tan intensamente vibrantes en sus poemas; el monstruoso afán teórico que dominaba a Sor Juana hasta en sus sueños; la crisis espiritual que la lleva, con presumible propósito suicida, al martirologio que le quita la vida.

Los tres capítulos siguientes, "La ascensión y el cumplimiento aparente", "Desorden psíquico y poética obra de arte" y "Caída en las tinieblas", que constituyen el cuerpo de la obra, están destinados a resolver las grandes cuestiones enunciadas en el capítulo inicial. Se incluye, en el segundo de los citados, el análisis, interpretación y, en cierto modo, re-creación del *Primer Sueño*. La estructura de armonía de tríptico gótico, el vuelo sinfónico de su totalidad y los

valores estilísticos del mayor refinamiento, que hacen del poema la más alta expresión del gongorismo hispanoamericano, aparecen exhibidos en todo su esplendor en la bella prosa de Pfandl, mérito que afecta también al traductor.

Con la obra íntegra de Sor Juana a la vista, incluyendo hasta sus últimos escritos en prosa, y con el apoyo de los esclarecimientos aportados por la psicología del subconsciente, desde Freud hasta C. G. Jung, E. Kretschmer, C. Whale y H. Scherb, el hispanista alemán descubre las profundas e incurables lesiones psíquicas que confirieron tan peculiar fisonomía a Sor Juana y a su producción poética, así como develan los misterios que rodean su comportamiento. Sus principales conclusiones establecen en la personalidad de la monja, un caso de asténica maniaco-depresiva, dominada por tres afecciones básicas: afán de cavilar, complejo de masculinidad y narcisismo.

El último capítulo, "Summa Summarum", contiene "en un apretado y manejable haz, los más importantes hallazgos y los mejores resultados obtenidos", como dice el propio autor. Después de exponer aquí la síntesis teórica de su estudio, finaliza la obra con una valoración de la producción literaria de Sor Juana. Señala los siguientes títulos, como sus páginas imperecederas: *Sonetos, romances, décimas y redondillas*, en primer lugar; le siguen, en orden de méritos, el poema *Primero Sueño*, el auto sacramental *Divino Narciso*, y, finalmente, los escritos en prosa de valor filosófico, *Crisis sobre un sermón y Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*.

El volumen está enriquecido con notas del editor, muchas de las cuales están destinadas a complementar la exposición y la ponen al día, con alusiones a trabajos decisivos aparecidos con posterioridad a la obra de Pfandl. Un Apéndice bibliográfico continúa hasta el presente la bibliografía sobre Sor Juana, consignada por Pfandl hasta 1935, con lo que este libro queda incorporado a la categoría de los instrumentos básicos en los estudios literarios de América Hispánica.

Universidad de Chile

University of Arizona.

JULIO DURÁN-CERDA

SEYMOUR MENTON, *El Cuento Hispanoamericano: Antología crítico-histórica* (México: Fondo de Cultura Económica, 1964).

El Cuento Hispanoamericano (dos tomos) corresponde al número 51 de la "Colección Popular", grupo de obras que contiene trabajos de P. Henríquez Ureña, y entre otros, los mexicanos Agustín Yáñez, Carlos Fuentes, Mariano Azuela, Juan Rulfo y Alfonso Reyes. Este estudio del crítico norteamericano Seymour Menton (y hay que afirmar que es un estudio crítico del cuento hispanoamericano además de una antología, hecho bien señalado en el subtítulo) está dividido en siete secciones, de acuerdo con siete períodos literarios, o sea, siete "ismos". Hay cuatro "ismos" incluidos en el primer tomo, dedicado al siglo XIX: romanticismo, realismo, naturalismo y modernismo, y otros tres en el segundo: criollismo, cosmopolitismo y neorealismo, manifestaciones todas del siglo XX. Con la

designación de "cosmopolitismo" incluye las siguientes subdivisiones: surrealismo, cubismo, realismo mágico y existencialismo.

Para introducir los varios "ismos", el profesor Menton traza de una manera muy precisa y convincente los orígenes y los rasgos generales de cada uno de ellos. Y en esta labor su enfoque no se limita al cuento como género o a la América Hispánica como marco geográfico, sino que da amplia muestra de sus vastos conocimientos de la literatura europea y la norteamericana y de todos los géneros literarios.

Al mismo tiempo, el erudito profesor hace hincapié en los problemas que surgen cuando se trata de los géneros y períodos literarios y de su clasificación. Por ejemplo, el primer cuento de la antología es "El Matadero", la conocida obra del argentino Esteban Echeverría. Aunque pertenece al período romántico, por ser obra del año 1838, el cuento también tiene buenos matices realistas, hecho indicado por el antologista en el comentario al final del cuento: "sus descripciones minuciosas, sus detalles obscenos, sus cuadros sinestéticos y su diálogo anónimo lleno de formas dialectales anuncian desde lejos los futuros movimientos literarios del realismo, del naturalismo, del modernismo y del criollismo. Lo que sí lo identifica con el romanticismo es el tono exaltado" (T. I, p. 35).

Siempre sigue, al final de cada cuento, un corto comentario, como asimismo precede a cada cuento un breve informe bio-bibliográfico sobre su autor. En estos esbozos el antologista usa un estilo ceñido, casi telegráfico.

El ya mencionado "El Matadero" es un poco más largo que la mayoría de los otros cuentos, sin llegar a tener la extensión de una novela corta, y por eso se incluye en esta antología cuentística. Pero cabe preguntarse sobre la inclusión de un capítulo de una novela, como ocurre en el caso de "La Fiesta de las Balas", de *El águila y la serpiente*, novela del mexicano Martín Luis Guzmán.

En cuanto al cuento como género, el profesor Menton nos proporciona una definición del mismo, indicando en el prólogo de la obra que "El cuento es una narración, fingida en todo o en parte, creada por un autor, que se puede leer en menos de una hora y cuyos elementos contribuyen a producir un solo efecto". (T. I, p. 8.) Añade, sin embargo, y con razón, que la definición es arbitraria.

También trata el profesor Menton de establecer ciertas distinciones o líneas divisorias entre el cuento y otros géneros. No son distinciones muy completas o bien fijadas, como es de esperarse, pero el profesor Menton demuestra que puede captar lo esencial en pocas palabras y con un juicio agudo y certero y expresarlo de una manera concisa: "...la novela se diferencia del cuento tanto por su extensión como por su complejidad; los artículos de costumbres y las tradiciones, por su base verídica y por la intervención directa del autor que rompe la unidad artística; y las fábulas y las leyendas, por su carácter difuso y por carecer en parte de la creación original del autor". (T. I, p. 8)

Esta capacidad de poder ver las cosas claramente le permite al crítico analizar, hallar lo fundamental y sintetizarlo. Resumiendo las características de los distintos movimientos literarios, dice (T. II, p. 294): "el neorealismo rechaza el tono exaltado del romanticismo; el aspecto caricaturesco del realismo; los estudios clínicos y el detallismo del naturalismo; la temática exótica y el preciosismo del modernismo; el tono épico del criollismo; y el carácter hermético del cosmopolitismo". En el primer tomo (p. 8) explica que el último término mencionado

también se llama "universalismo", pero que optó por el de cosmopolitismo "para no insinuar que criollismo carece de valores universales".

Sea cual sea la definición que se dé o los límites que se asignen al género literario y a los "ismos" como movimientos, el profesor Menton, según lo expresa en el prólogo, enfoca al cuento desde cuatro puntos de vista: "como una indicación del desarrollo del género; como una manifestación del movimiento literario vigente; como reflejo de la gestación de una literatura ya no hispanoamericana, sino nacional; y como obra de arte con valores universales".

La antología consta de 36 cuentos, los cuales, por caber dentro de los mencionados siete períodos históricos o literarios, siguen cierto orden cronológico. En los bocetos biográficos que preceden a todos los cuentos y en las introducciones a cada una de las siete secciones, el profesor Menton señala la ubicación literaria e histórica de los autores y de sus obras. Pero quizás hubiera sido también conveniente si hubiera fechado cada cuento al final del mismo.

Están representados en la antología 17 países hispanoamericanos, incluyéndose a Puerto Rico. La representación se basa en las contribuciones del autor en el desarrollo e historia del cuento hispanoamericano. La colección incluye la obra de ocho mexicanos y de cinco chilenos. Trece países figuran con un solo cuento de cada uno de ellos. Y no hay más que un cuento de cada cuentista. Hay uno de una mujer, "El Arbol", obra de la chilena María Luisa Bombal. Sin embargo, el número de cuentos de los distintos movimientos literarios está balanceado: hay tres cuentos románticos, tres realistas, dos neorrealistas, tres naturalistas, cuatro de autores modernistas; aparecen más cuentos del criollismo y del cosmopolitismo.

Muchos de los autores cuya obra está representada en la antología son bastante famosos como cuentistas, por ejemplo los mexicanos Juan José Arreola y José Revueltas, el venezolano Arturo Uslar Pietri, el colombiano Tomás Carrasquilla y el uruguayo Horacio Quiroga. Otros no son tan conocidos; por ejemplo, el hondureño Víctor Cáceres Lara, el panameño Rogelio Sinán, el paraguayo Augusto Roa Bastos y varios ecuatorianos. Y algunos son tan conocidos o mejor conocidos como cultivadores de otros géneros: el guatemalteco Rafael Arévalo Martínez y el mexicano Martín Luis Guzmán como novelistas, y Rubén Darío en el campo de la poesía.

El primero de los propósitos del profesor Menton es el de "Presentar de una manera ordenada lo mejor de la producción cuentística de Hispanoamérica". No se puede afirmar que esta antología contenga los mejores cuentos, los más entretenidos, pero de todos modos puede decirse que son los más representativos y, por lo tanto, el antologista ha cumplido con su propósito.

Al final del segundo tomo hay dos bibliografías; una es la de las antologías generales de toda Hispanoamérica y por país; la otra es de obras consultadas por el antologista. Las bibliografías son bastante extensas y completas. La *Antología del cuento chileno* del Instituto de Literatura Chilena, publicado en 1963, es tan reciente que no pudo incluirse; pero hay citados siete libros sobre la literatura chilena. Su propio libro, *El cuento costarricense* de 1963, que también es un estudio, antología y bibliografía, está mencionado en esta bibliografía.

Hay, por supuesto, un gran número de antologías publicadas en los Estados Unidos que se podrían añadir a la lista. La antología de cuentos es un rico campo para los editores de textos escolares en los EE. UU. Incluidos en la bibliografía, sin embargo, están *Veinte cuentos hispanoamericanos del siglo XX*

(1956) de Enrique Anderson Imbert y Lawrence B. Kiddle y *Cuentos de acá y de allá* (1953) de Malcolm C. Batchelor. Estas dos colecciones tienen buenas discusiones sobre el cuento como género y sin duda se justifica así su inclusión en la bibliografía. A pesar de haber preparado una bibliografía tan al día, el profesor Menton añade en una nota de pie de página (T. II, p. 321) que "Para una bibliografía más completa, véase: Matlowsky, Bernice D.: *Antología del cuento americano*. Guía bibliográfica. Washington, Unión Panamericana, 1950".

El profesor Menton ha hecho un cuidadoso y logrado trabajo sobre el cuento hispanoamericano. Como él lo pone de manifiesto en su Prólogo (T. I, p. 7): "Que yo sepa no hay ningún antólogo que haya pretendido abarcar, con espíritu analítico, el desarrollo del cuento en Hispanoamérica desde sus primeros brotes románticos hasta su exuberancia madura del presente". Empleando un criterio amplio pero al mismo tiempo selecto, y aprovechándose de un minucioso examen del campo literario, el profesor Menton ha logrado más que una recopilación de cuentos o una galería de figuras literarias. Su valiosa labor ha dado por resultado una obra indispensable para el que se interese en el cuento hispanoamericano.

GEORGE J. EDBERG

Dickinson College

CASTRO LEAL, ANTONIO. *Luis G. Urbina* (1864-1934). (México: Colegio Nacional, 1963).

En este pequeño tomo—un sobretiro de la *Memoria del Colegio Nacional*, Tomo V, núm. 2, Año de 1963—el Prof. Antonio Castro Leal ha puesto un breve pero nutrido ensayo crítico-biográfico sobre Luis G. Urbina, el poeta mexicano cuyo centenario se celebró en México el 8 de febrero de 1964.

La parte biográfica, escrita con la autoridad de un discípulo conocedor de su maestro, toca los momentos sobresalientes de la vida del destacado poeta, cuyos pasos sigue desde el anonimato de un barrio pobre de la capital mexicana hasta la cumbre de su gloria artística y su posición oficial.

En la parte crítica, don Antonio Castro Leal presenta con rigor y agudeza las diversas etapas de la evolución del poeta, completadas con un selecto muestrario representativo.

Una observación nada más quizá sea lícita en el pasaje donde el crítico habla acerca de "Una Juventud", uno de los "Poemas Crueles" de Urbina. Dice Castro Leal: "No creo que se trate de un episodio de la vida del poeta; pero no hay duda que el poema contiene algunos rasgos autobiográficos". Luego, en el párrafo siguiente agrega: "No sería atrevido tomar estos versos como un breve bosquejo psicológico del poeta..." (pp. 87-88). Y esto parece un poco indeciso, en vista de lo que se sabe de la vida de Urbina.

También, y todavía hablando de los "Poemas Crueles", nos preguntamos si no queda trunca con una oración de menos la opinión de Justo Sierra que valora los susodichos poemas de "el Viejecito" y que es parte del prólogo que el maestro

Sierra puso a la colección póstuma de las poesías de Manuel Gutiérrez Nájera (vid. edición Porrúa, p. 13).

Casi veinte años más tarde recuerda Urbina sus "Poemas Cruels" como un esfuerzo por escribir poesía impersonal y realista y dice: "Un crítico afirmó de ellos que eran dos ejemplares de poesía psicopatológica; pero que frustránea había resultado la tentativa, porque la poesía mexicana no variaría de rumbo: romántica y personal tenía que ser de por vida... Años después, Salvador Díaz Mirón hizo prodigiosas obras de realismo poético, que marcan una nueva concepción estética en el ambiente de nuestras letras patrias" (v. *Bajo el Sol y Frente al Mar*, p. 34). Al leer esta cita hay que tener en cuenta que Justo Sierra fue más que maestro para Urbina, y que éste le amaba como se ama a un padre, dedicándole todos sus libros excepto el primero, que lleva prólogo de Sierra.

Ahora bien, *Luis G. Urbina* (1864-1934) no es de ninguna manera un estudio que abarca detalladamente toda la vida y la obra de Luis G. Urbina. Pero, no obstante esto, el profesor Castro Leal, como sucede con sus otros escritos, hace de estas cuarenta páginas un opúsculo de alto valor crítico y un trabajo útil para quien estudie la poesía mexicana.

GERARDO SÁENZ

University of Kentucky

EMILIO DE MATTEIS, *La abulia mental en* Latinoamérica* (Buenos Aires, Argentina: Editorial La Mandrágora, 1963).

La abulia mental de Latinoamérica se sitúa dentro de la corriente de las obras que describen y proponen remediar los males que aquejan a Hispanoamérica. El libro de Emilio de Matteis se destaca por su seriedad y por el sentimiento americano que lo anima. Enjuicia todos los órdenes de la cultura y sus búsquedas están íntimamente ligadas a los temas más palpitantes de la ensayística contemporánea. En 94 páginas presenta las primicias de una somera investigación anterior y revela la impronta de esa sociología contemporánea que busca los fundamentos de las sociedades humanas con preferencia en el orden psicocultural y no en las instituciones sociales.

La obra está dividida en tres capítulos. El primero, "Las civilizaciones Precolombinas y su traslación en el tiempo", introduce varios de los conceptos fundamentales y resume las conclusiones a que ha llegado De Matteis con respecto a las culturas indígenas. Acepta el principio del progreso continuo como requisito para la consecución de un desarrollo vital en una sociedad:

En la Historia, todo cuanto encarne traslación lleva consigo el imperioso mandato de una evolución permanente, lentísima si se quiere, pero siempre de "futuração", de ilimitado horizonte. [...] es la civilización misma que se impone, es decir, dado que es la estructuración organizada de las ideas que dan vida social a las vivencias individuales (pp. 8-9).

* En la cubierta dice *en*, pero en las páginas interiores se lee *de*.

Las sociedades que no logran mantener un dinamismo mental que les permita renovar sus valores y sistemas se estancan en la imagen que se han formado de sus formas tradicionales:

Para que una civilización, una cultura sea activamente viva, actuante, productor de ideas y de hechos en continuo proceso de perfectibilidad—es decir, para que no se forme la imagen de sí misma—, sus componentes deben poseer la capacidad espiritual e intelectual de trasladarse en el tiempo y en el espacio... (p. 17).

Luego de un estudio a la vez erudito y de orden teórico, que rebasa el campo de la sociología para abrazar también la historia y la filosofía, De Matteis concluye que las culturas indígenas precolombinas vivieron enquistadas y sin ninguna ligazón entre sí; "islas" que, por tanto, no supieron "trasladarse" históricamente ni para dejar una influencia en otros pueblos ni para poder alterar sus valores y enjuiciamientos ante las renovadas contingencias históricas de cada etapa. La Conquista, en vez de modificar la actitud indígena, afirmó aún más las directivas de la "imagen" que de sí tenían los aborígenes. La conclusión final es que la cultura indígena "nos servirá, sí, para arquitecturar un capítulo de arqueología, magnífico si se quiere, pero que jamás nos servirá de base para una vida actuante, para una existencia evolutiva, para una 'futuração' histórica". (p. 27)

El segundo capítulo, "Psicología de la realidad latinoamericana", añade datos y juicios acerca de las culturas autóctonas que sirven para corroborar lo afirmado en el primer capítulo. Se comienza, además, a aplicar los principios de la traslación histórica al proceso histórico-cultural de la Colonia y del siglo y medio de vida emancipada. Matteis consigna que en "Latinoamérica no existe un ideal común, no hay un latinoamericano de idéntica factura en todos los países, ni espiritual ni sociológicamente hablando", porque "cada grupo étnico, indígena o no, permanece y *está* en un estado de fijeza psicológica; es decir, cada uno y cada grupo están en 'su' orden, en 'su' categoría mental". (p. 37). La posibilidad de hallar el camino hacia el progreso, de forjar un ideal común que integre a los individuos y conglomerados sociales de Hispanoamérica depende de la comprensión de que existen los patrones de Occidente, "un concepto elaborado y de continua evolución, que nos llega—como una estructura, como un basamento sobre el cual se puede edificar un edificio histórico-social, un porvenir, una futuração" (p. 38).

El sentido de nacionalidad es la base primera de esos patrones, que debe rematar en el "sentido y en la estructuración de Nación: concepto este último—el de Nación—que sólo se logra mediante la meditación concentrada, para obtener de ella—de la Nación—un Estado (en sentido de estado ideal) jurídico apropiado, superior desde luego" (p. 38). En Hispanoamérica se logró la Emancipación sin una previa preparación para la Independencia, sin que se haya logrado, aun hoy, cumplir con los requisitos conceptuales que acabamos de apuntar. Insiste Matteisen que no se puede utilizar el pasado histórico indígena como ingrediente eficaz para la consecución del sentido de nacionalidad: no hay antecedentes históricos que comprueben la grandeza cultural autóctona que alaban otros escritores hispanoamericanos, proscribida la posibilidad de una restauración de lo autóctono y niega que los indígenas precolombinos hayan desarrollado un concepto de nación.

El tercer capítulo, "La abulia mental y sus consecuencias", remata en un análisis de la "mentalidad psicológica" de toda Latinoamérica, "basada en la sola psicología y sin que intervenga el pensamiento, psicología que enlaza, que acopla y que hermana mucho más de lo que pueda suponerse" (p. 55). Esa mentalidad psicológica se destaca cuando se enjuicia a Latinoamérica desde el exterior, con una pupila occidental, y se debe al hecho de que las diversificaciones nacionales, al no haber logrado la estructuración de auténticas naciones, no han impedido la perduración de ciertos rasgos comunes. El rasgo fundamental, tema del libro, es el de la abulia mental, que el autor define así:

Como se ha visto, abulia mental es no querer pensar: es la testaruda oposición a toda forma de dejar moverse el primer pensamiento para que éste pueda así enlazarse con los razonamientos sucesivos. La voluntad, ese mecanismo psicológico que tiende a la curiosidad y a la atención, se opone ofuscadoramente al concatenamiento de las ideas, al funcionamiento de la meditación (p. 59).

Matteis interpreta la relación que existe entre la abulia mental y los órdenes psicocultural y superorgánico de la cultura. Juzga a todos los sectores sociales, a los partidos políticos y a las manifestaciones del pensar filosófico. Concluye que en todos esos aspectos la abulia mental ha impedido ora la consecución de patrones que unan armónicamente a los miembros de cada sociedad ora primicias delatadoras de dinamismo mental.

Las derivaciones psicológicas de la abulia mental hispanoamericana en el orden biopsicocultural son divididas en tres amplias categorías, estudiadas minuciosamente por Matteis: el escrúpulo, la susceptibilidad y el autoritarismo. La obra desemboca en una sugerencia que a primera vista pudiera parecer insólita para nuestra época y que apareció quizá por primera vez en Concolorcorvo, y que en la Argentina dio por resultado la "Argentina Aluvial". Matteis repite que Latinoamérica no ha logrado crear naciones auténticas y que su consecución ulterior depende de "una fuerte y continua inmigración blanca de trabajadores que no vengán sólo a explotar las riquezas naturales, sino con la convicción de formar familia estable, de ser agentes conscientes o inconscientes de que la traslación histórica de todo occidentalismo—en sentido de civilización—es América Latina" (p. 93). Predica el mestizaje activo de las poblaciones existentes con los inmigrantes europeos y apunta como factores adicionales para su punto de vista la necesidad de rellenar "todos los inmensos espacios geográficos hoy sin habitantes" y la imposibilidad de remediar la situación presupuestaria actual en "un pueblo sin números" (p. 94). Matteis se ha situado en una actitud opuesta a la de pensadores como Alfonso Reyes; está muy lejos de opinar que América Latina ha madurado, y propone un cambio que por sus dimensiones tendría que alterar enormemente las características culturales de las naciones hispanoamericanas:

No tengamos miedo al problema inmigratorio, no tengamos aprensión de perder nuestra nacionalidad, nuestro sentido de patria. Estemos seguros que el cruce de razas se verificará por encima de todo y que de ese cruce saldrán, sin ninguna duda, una nueva raza, *nuestra* raza, la raza de cada país de Latinoamérica (p. 94).

Si bien es novel el enfoque de Matteis, en el sentido de actual, su interpre-

tación y propuesta no son originales. Desde los apologistas de la Conquista, y pasando por el cubano Arrate del siglo XVIII y los prepositivistas y positivistas del siglo XIX, han sido múltiples las opiniones de que existe en Hispanoamérica una mentalidad abúlica predominante. Resultaría difícil, por lo demás, y quizá imposible, diferir con la descripción del orden psicocultural de Latinoamérica hecha por el sociólogo argentino. Sin embargo, si nos acercamos a la realidad desde otros puntos de vista, comprobaremos que es posible oponerse, si parcialmente, a la interpretación de Matteis. Si operó una traslación efectiva de la tradición local durante el período colonial. Hispanoamérica, o el terruño propio, comenzaron a sentirse conscientemente desde los días de la Conquista. Los conquistadores procuraron convencer a la Corona de que ellos sabían cómo se debía planear el trasplante de los patrones culturales europeos con fines a una configuración ulterior sentida y vivida en América. Los primeros escritores criollos, en especial el Inca Garcilaso y Terrazas, lograron asimilar felizmente el conocimiento occidental a su pupila local. Aquel hasta llegó a proponer a los peruanos, "indios, mestizos y criollos", la consecución de una expresión propia. Los jesuitas Clavigero y Landívar dan evidencias de la consecución de una actitud integral local en el siglo XVIII, como asimismo lo habían logrado en el siglo XVII Sor Juana y Sigüenza y Góngora. Han abundado durante los siglos de la dominación española y en el corto siglo y medio de Emancipación las personalidades selectas que han procurado integrar los diversos elementos étnicos y que sintieron íntimamente la realidad de la tradición propia a Hispanoamérica, de raigambre indígena, hispana y local.

¿Por qué no se ha logrado mayor progreso? Pensamos que la respuesta no se halla, en lo fundamental, en la abulia mental, sino en el orden superorgánico de la cultura. La lenta y rudimentaria evolución política y económica se ha debido en especial a la permanencia en el poder efectivo de sectores minoritarios desde la elaboración de una "Aristocracia de Indias" durante la Conquista. Sus intereses creados han paralizado repetidamente los intentos de "evolución" fecunda. Además, el carácter de culturas de subsistencia de nuestras sociedades, en conjunción con el aislamiento geográfico y con el factor que acabamos de señalar han imposibilitado también el nivel cultural apetecido por Matteis.

El "mexicanismo espiritual" evidente en la literatura mexicana, comprobable inclusive en el "Barroco de Indias", se debe en parte a una traslación de rasgos indígenas. En Sigüenza y Góngora y Clavigero, y otros autores coloniales, es obvio el sentimiento de que el pasado indígena representaba una tradición local. No se inventó en el siglo XX ese sentimiento. Es intenso a través de los siglos XVI, XVII y XVIII y se procuró utilizarlo, acuñarlo, de tal forma que justificara la diferenciación del hispanoamericano.

No es que discrepemos con Matteis acerca de la heterogeneidad cultural de América Latina y su inestabilidad esencial. También nosotros pensamos que Hispanoamérica no será el hogar de la libertad, no cumplirá con la promesa de su destino hasta que las regiones en que se divide cada nación no den pruebas de un progreso económico e intelectual. Es sencillamente que según nuestra opinión son estos factores los que, exclusivamente, producen la "inveterada" abulia mental. Será saludable la inmigración sólo si las minorías selectas se dedican primero, dinámicamente, al aprovechamiento de las riquezas naturales de Hispanoamérica y a la utilización inteligente de esas tradiciones que sí existen y que

pueden enlazar armónicamente a los ciudadanos de los países latinoamericanos. Confiamos en que recién entonces se podrá observar que la abulia mental es un fenómeno pasajero. América Latina no ha madurado pero contiene todos los elementos necesarios para la integración nacional y el progreso, y una "Hispanoamérica Aluvial" desvirtuaría el proceso que se requiere hoy: el logro de un propósito propio, un fin normativo que enlace los elementos dispersos y los encamine hacia el bienestar.

University of Pittsburgh

SAUL SIBIRSKY